

Catastróficamente
bruja

Raquel
Míguez

Dibujos de
Mar Blanco



Catastróficamente
bruja

**Raquel
Míguez**

Dibujos de
Mar Blanco

Para Daniel, un sobrino catastróficamente genial



1

¡Cazada!

El duende tropezó con la raíz de un árbol.

—¡Olfo, dame eso ahora mismo! —se enfadó Lunática—. ¡Y mira dónde pones los pies!

La bruja y el duende caminaban a oscuras, iluminados por la débil luz que salía de la jaula de madera. No había luna, y el cielo estaba tan negro como el fondo de un pozo.

—¡Vamos! —Lunática levantó la jaula y alumbró con ella el camino.

Y desaparecieron, como si se los hubiera tragado la noche.

Poco tiempo después, aparecieron en la puerta de Camila. Un delicioso olor a bizcocho y chocolate se escapaba por las ventanas de la casa.

—¡Que me arranquen los pelos de la nariz! —exclamó Olfo—. ¡Camila está haciendo uno de sus dulces!

Camila cerró el horno al oír la voz del duende.

—¡Pero qué hora es? —se preguntó en voz alta. Era medianoche.

—¡La doce? ¿Las tres? —respondió el duende desde fuera—. Nunca se sabe. En algunas partes del mundo es la hora del aperitivo. ¡En otras, la hora de la merienda!



—Olfo, cierra tu fea boca —le regañó Lu-
nática—. No hemos venido a cenar.

Al escuchar a la bruja, Camila sintió un escalofrío. Un calambre que cosquilleó su espalda desde los talones hasta la coronilla.

El aspecto de Camila era idéntico al de cualquier hechicera: el pelo enredado, las uñas largas, las botas negras y picudas con hebilla de plata... Hasta su nariz, que al principio era pequeñita como un botón, había crecido en forma de gancho. Y es que, noche tras noche, Camila tiraba de ella y la retor-
cía delante del espejo para convertirla en una auténtica nariz de bruja. Ah, y, por supuesto, tenía un gato negro. Mejor dicho, una gata: su gata Tilda.

En fin, sí, Camila era idéntica a una bruja... pero no era una bruja. Había aparecido en el bosque cuando apenas sabía andar. Las

hechiceras se la habían echado a suertes y, por fortuna, le había tocado a la vieja Zoe.

En aquella época, Zoe era la bruja más anciana y respetada de la comarca. Por eso, cuando decidió que no asaría a Camila en el horno, como era costumbre, nadie se atrevió a protestar.

—Será mi criada —anunció en el Consejo de Hechiceras—. Le enseñaré a distinguir las hierbas para los brebajes y a preparar pociones sencillas.

Desde el primer día, la niña imitó en todo a la anciana. Si Zoe salía al bosque en busca de hierbas, Camila la seguía al instante. Si Zoe preparaba un brebaje, Camila se encaramaba a una silla para observarla y si Zoe ensayaba un conjuro, Camila lo repetía...

Sin embargo, las cosas no salieron como se esperaba. Porque la anciana empezó a querer a Camila. Y en vez de convertirla en su

criada, le enseñó a leer, a volar en escoba y, por supuesto, también a distinguir las hierbas para las pociones.

Todas las brujas de la comarca se acostumbraron enseguida a la presencia de Camila. Todas menos una: Lunática...

Camila echó un último vistazo al horno, antes de abrir la puerta de su casa a la bruja y al duende. Nada más entrar, Lunática arrugó la nariz como si acabase de poner los pies en una pocilga.

–Me pregunto para qué necesitas todo esto, Camila –preguntó.

Camila coleccionaba pieles de serpiente, plumas, alas de insecto y otros tesoros del bosque que guardaba, perfectamente ordenados, en limpiísimos frascos de cristal.

–¡Y ese pájaro! –Olfo señaló a Gerardo, un gorrión que vivía en la cabeza de Camila.

Ella se encogió de hombros.

—Mis greñas son el sitio perfecto para un nido —replicó.

En ese momento, Gerardo extendió las alas, voló sobre el duende y dejó caer una caca gris en su cabeza.

—¡Fuera! —Olfo manoteó el aire como un molino—. ¡Deberías echarlo de aquí, Camila! ¡Es un pájaro asqueroso!

Pero Camila ya no lo escuchaba.

—¿Qué es esto? —preguntó, sin apartar los ojos de la criatura encerrada en la jaula.

—La hemos cazado cerca del árbol negro —respondió Lunática.

—¡No sabemos si es auténtica! —añadió Olfo, que había corrido a pegar las narizotas en el cristal del horno.

—¿Tú qué opinas, Camila? —preguntó Lunática.

Camila apartó a Tilda, que bufaba y lanzaba zarpazos a la jaula.

—¡Habéis cazado un hada! —exclamó.



2

¿Dónde está el palitroque mágico?

—¿Seguro que es un hada? —insistió Lunática.

Camila asintió mientras las preguntas se amontonaban en su cabeza. ¿Qué hacía un hada en la comarca de las brujas? ¿Por qué había volado tan lejos de su casa?

Metió un dedo entre los barrotes.

—¡Aparta tus sucias garras de mí, criatura repugnante! —chilló el hada.

Lunática señaló la jaula.

—Creí que las hadas eran criaturas de educación exquisita —dijo—. Sin embargo, esta no hace más que insultar.

El hada zarandeo de nuevo los barrotes.

—¡Soltadme! ¡Despojados de la magia! ¡Verrugas con patas! ¡Sacadme de aquí!

—¿Y su varita? —preguntó Camila—. ¿Dónde tenéis su varita?

—¿Su varita? —repitieron Olfo y Lunática a la vez.

—Eso he dicho: su varita —insistió Camila—. El palitroque mágico de las hadas. Lo que les da su poder.

El duende y la bruja se miraron.

—Olfo, dame la varita —le ordenó Lunática.

El duende rebuscó en sus bolsillos.

—Yo no la tengo.

Durante unos segundos, el mundo entero dejó de respirar.

—¿Has perdido la varita? —estalló Lunática, como si fuese a tragarse al duende de un bocado.

—¡Pensé que la habías guardado tú!

—Eres el duende más torpe de la historia de los duendes torpes. Dime, ¿de qué nos sirve un hada sin varita?

Camila pensó que tampoco un hada con varita les serviría. Si era cierto lo que le había contado la vieja Zoe, las hadas no obedecen órdenes de nadie. Y menos que de nadie, de una bruja. Antes cumplirían los deseos de un topo con gafas que los de Lunática.

—¡Soltadme, mugrientos! —chillaba el hada agarrada a los barrotes, con la cara roja como una gota de sangre—. ¡No podéis retenerme aquí!

Pero podían. Podían y lo harían. La ley de la comarca lo permitía.